

se compone de sopa, pan y carne; dos veces por semana se agrega vino.

Los hombres y las mujeres trabajan en salas separadas y hay trabajo para todos. El tejido de las telas, acompañado de todas las operaciones que supone, tales como cardar, hilar, emblanquecer, teñir, etc., con la fabricacion de esteras de junco, de las cuales se hace gran consumo en el Milanésado, forman las dos principales ocupaciones de la *Pia Casa*. El número de los internos es de cerca de quinientos; el de los externos varía de quinientos á mil, segun las estaciones, la actividad de los trabajos y la carestía de los víveres. «Agreguemos que el establecimiento suministra trabajo en el domicilio á cerca de catorce mil personas cada año. Además, gracias á la especialidad de sus productos no hace ninguna competencia al obrero libre ni á la industria privada. Así es como el sistema milanés resuelve el problema de la extincion de la mendicidad y concilia los intereses de todos; los de la sociedad, destruyendo la plaga de vagabundos; los del pobre, ofreciéndole un asilo, dejándole su libertad, su dignidad y su familia; los del obrero libre, dirigiendo los trabajos del Refugio de modo que se evite una competencia perjudicial á la industria. Al salir de la *Pia Casa* no se puede menos de repetir á los economistas las palabras de Bacons á los pedagogos de su tiempo: «Buscáis sistemas de educacion, ved las escuelas de los Jesuitas; este es el sistema mejor que se ha realizado.»¹

¹ Consule jesuitarum scholas; his enim quod in usum venit nihil melius. *De aug scient.*

20 DE ABRIL

Salida de Milan.—Sistema de riego.—Puente del Tessino.—Anécdota.—Novara.—Díptica consular.—Bautisterio.—San Gaudencio.—Recuerdos.—San Lorenzo.—El Piamonte.—Vercell.—Recuerdos de Mário y de San Eusebio.—Catedral.—Sepulcro del B. Amadeo, —de San Eusebio.—Manuscrito de San Marcos.—Iglesia de San Andrés.—Sepulcro de Tomás Gallo.

Dejamos la capital de la Lombardía en un hermoso dia de primavera. Los labradores estaban en el campo; acá comenzábanse los arrozales; allá se segaba la alfalfa. Los pájaros, vueltos de sus emigraciones lejanas, regocijaban con sus cantos á los numerosos trabajadores, y grandes ganados de bueyes vagando á nuestro alrededor animaban el paisaje. Por todas partes canales graciosamente trazados llevaban á todas las heredades el rico tributo de sus límpidas aguas. No puede menos que admirarse la inteligencia con que la ciencia de las aguas y la arquitectura hidráulica se ha empleado en aquel encantador y risueño país. Se han establecido grandes recipientes en el flanco lejano de las montañas de modo que se mantenga un nivel suficiente para el riego de la llanura. El agua baja por canales que la dividen circulando alrededor de las propiedades. De trecho en trecho hay presas y compuertas destinadas á hacerla desbordar sobre el suelo, de tal modo que ninguna parte de la superficie pueda escapar del beneficio. Leonardo de Vinci no es, como se ha creído, el inventor de aquellos canales. Solo se le atribuye la invencion de las esclusas.

Además de aquellas regueras que se tomarian por su color plateado, por las

manías de una vasta red extendida por el verde césped, posee Milan dos grandes canales que forman su verdadera riqueza: el de Tessino acabado en 1271 y el de Adda cavado en 1457. Vienen de puntos opuestos, se reúnen en la ciudad, la embellecen, la refrescan, fertilizan sus jardines, la unen al Adriático, cuyo comercio atraen, y la ponen en comunicacion con las naciones vecinas y con los valles del lago Mayor. De allí llevan á precios moderados los víveres, los carbones, las maderas para la leña y carpintería, los materiales de todo género, pero principalmente el *mlarolo*, soberbio granito con que se hicieron las cinco ó seis mil columnas que adornan la real ciudad.

¡Adios al Milanésado; adios á las bellas aguas que fertilizan el suelo, á las buenas obras que fecundan las almas de la Gália cisalpina! ¡Adios muy pronto á la Italia! Ya hemos pasado *Magenta*, la *Maxentia* de los Romanos, gran aldea colocada en medio de las verdes campiñas como un brillante oasis; hémos aquí á las orillas del Tessino. Al otro lado del puente, el más hermoso de la Italia, no vimos sino con los ojos de la imaginacion á Aníbal y á sus elefantes que despues de haber bajado los Alpes, estaba preparándose á salvar el rio á pesar de la defensa del ejército romano. Lo que vimos con los ojos del cuerpo fué la aduana piamontesa formada en orden de batalla y esperándonos á pié firme. Fué necesario sufrir su visita, exhibir los pasaportes y llenar por la quincuagésima vez las formalidades de estilo. Se dignaron declararnos en regla y nos dieron por escrito permiso de trotar hacia Novara.

En el coche tomó asiento un cantor de Bérgamo que venia á Turin; su más ardiente deseo era pasar los Alpes con nosotros y ver á Paris. «Allí tengo una compatriota, añadia él, y tendria mucho gusto en volverle á ver.—¿Cuál es su nombre? No

le conoceis, pero toda la Europa le conoce, es Rubini.—¿Es de Bérgamo?—Ciertamente, y hemos nacido en la misma calle. No era rico el bravo muchacho, pero tenia una bonita voz. Para ayudar á su anciana madre llenaba las funciones de corista, y la más lucrativa, de muchacho sastre. Un dia yendo á probar unos pantalones á *Nozari*, nuestro excelente virtuoso, le miró éste fijamente y le dijo con bondad: «Me parece, muchacho, que te he visto en alguna parte.—Es muy posible, señor; me habreis visto en el teatro en donde formo parte de los coros.—¿Tienes una buena voz?—No famosa, señor; apenas subo al sol.—Veamos, dijo Nozari acercándose al piano; comienza tu escala.—El jóven corista obedeció; pero llegando al *sol* se detuvo por falta de aliento.—Da el *la*; veamos!.....—Señor, no puedo.—Da el *la*, desgraciado!—*La, la, la*.—Da el *si*.—Pero, señor.....—Da el *si*, te digo, ¡ó por mi alma.....!—No os enfadeis, señor, voy á ver si puedo; *la, si, la si, do*.—¡Puedes muy bien! dijo Nazari con voz triunfante; y ahora, querido muchacho, voy á decirte una palabra: si quieres trabajar llegarás á ser el primer tenor de Italia.» Nozari no se ha engañado; el pobre corista que para ganar la vida, forjaba pantalones, posee hoy dos millones de fortuna y se llama Rubini. 1

¡A lo que llega la reputacion! Y el cantor, orgulloso con su compatriota, se puso á hablarnos de Donzelli, de Crivelli, de Leodaro, de Bianechi, de Mari, de Dolci y de toda aquella parvada de ruisñores que han salido de Bérgamo, y cuyos acentos han encantado sucesivamente las capitales de la Europa.»

Esta conversacion mundana acababa de terminarse cuando á la extremidad de una llanura pingüe y fértil, cortada por el Terdoppio y el canal de Sforzesca, descu-

¹ Esta anécdota ha sido contada muchas veces, entre otros, por Fiorentino.

brimos asentada en un montecillo á la antigua Novara. Su viejo castillo, sus murallas, sus gruesas puertas le dan un aspecto amenazador; diríase de lejos que era una fortaleza de la Edad Média. La *Novaria* de los Romanos conserva muchos monumentos curiosos de su dominio. La religion del pueblo-rey se encuentra en los numerosos altares votivos arreglados en el antiguo pórtico de la catedral. Su amor por los fuegos públicos está recordado en una diptica consular de la sacristía de San Gaudencio. Sobre aquel *libretto* de marfil están esculpidos dos cónsules dando la señal de los espectáculos. Estas diferentes reliquias componen, con gran número de piedras sepulcrales, de urnas y de inscripciones romanas, un museo muy curioso; pero el principal objeto de nuestra atención fué el soberbio columbario cambiado en bautisterio; un sepulcro pagano convertido en cuna de los fieles! hé ahí uno de esos bellos y poderosos contrastes, cuyo secreto posee tan bien la Italia, y cuya vista produce siempre una viva impresion. Algunas hermosas telas decoran la catedral y los archivos del cabildo conservan uno de los manuscritos más antiguos de toda la Italia; este es la vida de San Gaudencio y de otros santos de Novara escrita en 700. La basílica dedicada al santo obispo es el edificio más bello de la ciudad. Las brillantes y graciosas pinturas del Moncalvo, de Brandi, de Gaudencio Ferrari, de Estéban Legnani y de los mejores maestros de la escuela milanese resplandecen en la cúpula y en las capillas, mientras el altar mayor deslumbra con sus mármoles y sus broncees. Además, la magnificencia de la iglesia corresponde á la del sepulcro, uno de los más espléndidos de la Italia. ¿Cuál era, pues, aquel pontífice cuyo cuerpo está rodeado de tanta gloria?

El arrianismo, como un huracan formidable, sostenido por el poder imperial,

amenazaba sacar de su raíz, por toda la superficie del globo, el árbol todavía joven de la verdadera fe. Ya el Africa, el Asia, una parte también de la Europa, quebrantadas hasta en sus cimientos, se cubrían de sangrientas ruinas; las tinieblas del error se extendían como sombrías nubes sobre las cristiandades más brillantes; el mundo bajaba poco á poco á la noche de la herejía para volver á caer en seguida en la abyección pagana. Pero la Providencia vela por su obra. Atanasio en Oriente; Hilario, Martín, Ambrosio en Occidente, luchan, en nombre de los pueblos, contra la violencia de la tempestad. Ellos salvan á la Iglesia, y con ellas á la fe, á la civilización, á la libertad del mundo; y todas las generaciones reconocidas proclaman desde hace quince siglos su valor y sus virtudes. Tales son los títulos que San Gaudencio, obispo de Novara, presenta á la veneración y al amor de su pueblo. Gaudencio, discípulo de San Lorenzo mártir y digno de su maestro, es consagrado obispo de Novara por San Simpliciano de Milán. Un amor más fuerte que la muerte le une á San Martín de Tours, la columna de la verdad en Occidente, y cuando ve á San Eusebio de Vercel, su colega y su vecino que se dirige al Oriente, él se hace compañero de su destino y se entrega á todos los rigores imperiales para conservar intacto en su corazón y en el corazón de sus hermanos el tesoro de la fe. 1

¡Honor á aquellos hijos que nunca han olvidado á su padre! En una veneración común confunden á San Gaudencio y al santo mártir Lorenzo, esa otra gloria de la ciudad. Lorenzo era un sacerdote de Novara entregado á la educación de los niños. Irritados con sus buenos resultados, los paganos de las inmediateces se arrojan repentinamente sobre el santo y le hacen pedazos á él y á sus jóvenes cristia-

1 Bar., An. 397, t. V, n. 52.

nos. La sangre de ellos fecundiza la semilla de la fe y Novara ora todavía hoy delante de los huesos sagrados de sus nuevos bienhechores. Para glorificarlos á los ojos de todos los siglos, el Dios de los mártires hace salir de sus sepulcros un licor milagroso que cura las enfermedades. 1 Después de haber depositado nuestros homenajes á los pies de aquellos venerables grandes hombres, cuya presencia causa más bien que la vista de las ruinas y de las obras maestras del arte, nos pusimos en marcha para Vercel.

El Piamonte se desarrolla delante de nosotros con sus arrozales, sus praderas y sus montañas; todo anuncia la fertilidad del suelo y la calma feliz de los habitantes. En efecto, este pequeño reino es un modelo, un oasis de paz en medio de la Europa agitada. La religion honrada, practicada, amada como el tesoro público, hace sentir allí su dulce influencia. El rey mismo es un ferviente cristiano; ¡ojalá y todos sus allegados participen de su fe sincera y de su respeto hacia la Iglesia! Se dice que la oruga de la impiedad moderna ha manchado por aquí y por allá algunas flores; dícese que á pesar de las líneas aduanales, nuestras malas producciones penetran al reino; dícese que el espíritu revolucionario hace trastornar algunas cabezas. ¿Pero qué falta al Piamonte para ser feliz? Las leyes son sabias y paternales; las instituciones de caridad numerosas y muy exten-

1 Hé aquí la antigua inscripción grabada sobre el sepulcro de mármol lleno con sus huesos:

Aspicias hoc marmor tmvli de more cavatum;
Id solidum est intus, rima nec vlla patet
Vnde qveat tellus occultas mittere limphas:
Manat ab ingestis ossibus iste liquor
Si dvbitas, medio svdantes tolle sepulcro
Reliquias; disces vnda salubris vbi est.

“Mira este mármol del sepulcro, cavado según costumbre. En su interior es sólido y no presenta abertura ninguna por la cual pueda la tierra hacer salir aguas ocultas. Este licor mana de los huesos contenidos dentro. Si lo dudas, saca del fondo del sepulcro las reliquias que sudan. Entonces sabrás en donde está la profunda salud.”

didias; los impuestos casi ningunos; las ciencias teóricas y prácticas y aun las artes son honradas. Una de las llagas más peligrosas abiertas por nuestro Código civil se ha cerrado. Se sabe cuáles son las desolaciones que produce entre nosotros la ley ridícula y funesta que autoriza á un lego ceñido con una banda, á pronunciar estas graves palabras: En nombre de la ley os uno. Aquí no se puede contraer matrimonio sino ante el sacerdote revestido, en esta circunstancia, de poderes religiosos y civiles.

¡Dios quiera que la rivalidad que existe entre Génova y Turin no llegue á convertirse en un elemento de discordia! ¡ojalá y la fiebre de innovación no venga á sustituir con fatales utopías á un sistema de gobierno probado por la experiencia y sancionado por la aprobación de los hombres sabios y desinteresados!

Divisando así el reino de Su Majestad Sarda, llegamos á ver á Vercel. La antigua *Vercellae*, fundada por el Galo Bellovèse el año 603 ántes de Jesucristo, está asentada en una risueña colina en la confluencia del Cervo y del Sevia. En la llanura vecina aparece la sombra de Mário no triste y humillada como en Minturno, sino imponente y gloriosa; se oye el chis chas de las armas, los gritos de los moribundos; aquí es donde el gran capitán cortó en pedazos aquellos millares de Cimbrios y de Teutones caídos sobre la Italia como una avalancha de la cima de los Alpes. Si el viajero, al atravesar el campo de batalla, admira una vez más el valor romano, él se inclina también ante la Providencia, cuya mano poderosa ve que separa todos los obstáculos humanos que se oponen al engrandecimiento de la Ciudad eterna. Bajo este aspecto las llanuras de Vercel ocupan un amplio lugar en la trama general de la historia anterior al cristianismo.

Cuando á las luchas del hierro contra el hierro suceden los combates más importantes de las ideas contra las ideas, Verceil luce con no ménos brillo. En los muros de la antigua ciudad un nuevo guerrero, igualmente venido de Roma, pone en fuga la formidable herejía de Arrio. Esta segunda victoria no es ménos providencial que la primera. Se nos hacia tarde para prosternarnos ante el sepulcro del héroe que la alcanzó. He nombrado á San Eusebio, obispo de Verceil, el amigo de San Ambrosio, el defensor de San Atanasio, el terror de Constancio, el glorioso mártir del Verbo consustancial, que arrastrado de prisiones en prisiones, desde Verceil hasta Palestina, á Capadócia, en los desiertos de la alta Egipto, dió al mundo entero el largo espectáculo de su heroica firmeza.

Nuestra primera visita fué para la catedral en donde descansa el cuerpo del inmortal pontífice. La catedral es un majestuoso edificio reedificado en el siglo sexto según los dibujos del célebre Pellegrini de Bolonia. Dos capillas fijan principalmente la atención. La primera está dedicada al B. Amadeo de Saboya. El cuerpo de este príncipe, cuya corona temporal se ha cambiado en corona eterna, descansa en un sepulcro de plata dado por uno de sus descendientes, el rey Carlos Félix. De este sepulcro parece salir todavía la palabra verdaderamente real del Bienaventurado. El duque reunia al valor de un héroe todas las virtudes cristianas, y en particular una ternura paternal hacia los pobres. «Señor, le dijo un día su mayordomo, vuestras limosnas agotan vuestros tesoros.—Bien, respondió el príncipe, hé aquí el collar de mi orden; que se venda y que se socorra á mi pueblo.» La segunda capilla más venerable todavía que la primera es la de San Eusebio. A la vista de la magnificencia que

rodea al cuerpo del mártir, al recuerdo de los numerosos milagros que obra, no puede contenerse la queja sublime del Profeta: *Señor, es demasiado honor y poder para vuestros amigos.*

De este sepulcro regado con tantas lágrimas ardientes, cubierto con tantos besos, perfumado con el incienso de tantas oraciones, bajamos al tesoro de la catedral. ¿Puede pasarse por Verceil sin ver el célebre manuscrito del Evangelio de San Marcos, copiado de mano de San Eusebio? ¿Qué se han hecho las láminas de plata con que le mandó cubrir el rey Berenger hace cerca de novecientos años? Preguntádselo á los Vándalos modernos. Por temor de un nuevo despojo, los enmaderamientos del coro, verdadera obra maestra de escultura, han sido repuestos hace algunos años de modo que pueden ser quitados en un solo día.

La vasta iglesia de San Andrés, coronada con cuatro campanarios, trae otro recuerdo. A principios de aquel siglo decimotercero, en que Santo Tomás debia immortalizarse con su enseñanza, otro doctor que tomó por guía á San Dionisio Areopagita, explicaba con un inmenso buen éxito la teología mística en el convento de San Andrés de Verceil. Este maestro se llamaba Tomás Gallo. Entre sus discípulos se sentaba un jóven religioso de San Francisco que debia llenar al mundo con el ruido de su nombre y con el brillo de sus milagros; este es Antonio de Pádua. Un fresco de la época, colocado en el sepulcro del profesor, le representa sentado en su cátedra de teología, y entre sus alumnos se ve á San Antonio de Pádua, con la cabeza rodeada de una auréola. Un bajo relieve que decora la parte inferior del mausoleo indica la fuente en que el doctor tomaba su admirable ciencia. Tomás está de rodillas delante de Nuestro Señor y de la Santísima Vir-

gen, mientras San Dionisio en pié, le pone afectuosamente la mano en la cabeza. Seria difícil encontrar alguna cosa más interesante bajo el doble aspecto del arte y de la piedad, que aquel sepulcro verdaderamente monumental.

21 DE ABRIL.

Vista de Turin.—Galería de Pinturas.—Biblioteca.—Museos griego y romano.—Tabla Isiaca.—Museo egipcio.—Instrumentos oratorios.—Armas.—Estatuas.—Los santos mártires Octavio, Solutor, Adventor.—San Máximo.—Catedral.—Capilla del Santo Sudario.—Palacio del rey.—Audiencia.

Después de haber viajado una parte de la noche, llegamos á ver á Turin al salir el sol. El Pó que corre desbordándose en la vasta llanura, las cúpulas y los campanarios brillando á los primeros rayos del día, la antigua capital de Liguria con sus anchas calles tiradas á cordel, sus soberbias plazas si estuviesen acabadas, sus edificios de brillantes fachadas, las montañas vecinas, cuya basa está esmaltada de risueñas vilas, mientras la cima eleva hasta las nubes la espléndida iglesia de la *Superga*: todo esto forma un conjunto lleno de grandeza y que arrebató aun después de haber visto á Italia. Desde el centro de la *Piazza Castello*, se goza de un golpe de vista único. Cuatro calles cortándose en ángulo recto dividen la ciudad entera y desde el centro dejan percibir las cuatro extremidades. A fin de evitar las repeticiones, no me detendré á describir los numerosos y notables cuadros de las escuelas flamenca y holandesa que vimos en la *Pinacotheca* (galería de pinturas) del Castillo; las acuarelas de Bagetti pasan por obras maestras; lo mismo sucede con el *San Juan Nepomuceno* de Murrillo. El santo está en el confesonario teniendo de un lado á la emperatriz y del otro

á un paisano, imagen de la igualdad evangélica ante aquellos tribunales que justifican á los que ante ellos se acusan. Entre los manuscritos de la Biblioteca es necesario notar el *Epítome* de Lactancio, único en Europa, y la *Imitación de Jesucristo* que se cree que es del siglo décimocuarto.

El museo griego y romano ofrece poco interés después de los de Roma y de Nápoles. La famosa tabla Isiaca ha perdido su prestigio de antigüedad desde que se ha dicho por los sabios que data solamente del reinado de Adriano. No sucede lo mismo con el Medallero, uno de los más ricos de la Europa. Bajo los pórticos de la Universidad se conserva entre otros bajo-relieves el Voto de Q. Viscasio. Se ve en él á un hombre conduciendo á un carro tirado por dos mulas y cargado con un tonel. El carro y el tonel son perfectamente semejantes á los que sirven hoy todavía en el país. En el Museo de Nápoles veinte objetos diferentes nos habian dado lugar á hacer notar la tenacidad de las costumbres populares. Pero la gloria de Turin es el Museo egipcio, el primero de la Europa. Yo no sé qué impresion se experimenta en medio de aquel mundo extinguido hace tres ó cuatro mil años. Las estatuas de los reyes y de los dioses; los frescos y las pinturas de los sepulcros que representan los usos y la vida íntima militar y agrícola; arados, un yugo para los bueyes, flechas, un casco, una cimitarra de bronce; dos pequeñas devanaderas de marfil de las cuales una conserva todavía el hilo que devanaba hace treinta años; zapatos de encartonado de tela; las momias que os muestran sacerdotes, reyes, príncipes, á los cuales nada falta para ser vivientes más que el movimiento y el calor; todo esto hace admirar la ciencia de un pueblo sin rival en el arte

1 Se sabe que los Galos enseñaron á los Romanos á servirse de los toneles.